

La iglesia de Coronavirus puede estar en línea, pero el pueblo de Dios sigue siendo real

Por el padre Thomas Dailey, O.S.F.S. • Publicado el 13 de marzo de 2020 (Catholic Philly) traducido por Mariannie Zayas

Aunque no sin paralelo, el alcance y la velocidad de la crisis de salud actual ha afectado a nuestros hogares, la escuela, y el trabajo de una manera sin precedentes. Ahora también impacta a la Iglesia.

En actualidad, en la Arquidiócesis de Filadelfia y en todo Pensilvania, los obispos han dispensado a los fieles de la obligación de asistir a misa. En otras partes, algunas diócesis han suspendido por completo la celebración pública de la misa. Y en algunas partes del mundo, las iglesias han sido cerradas y cerradas por completo. (Comenzando el 18 de marzo, en Philadelphia han suspendido todas las misas.)

Estas son medidas drásticas tomadas con buena intención de amar al prójimo colaborando en el esfuerzo social para detener la propagación de una pandemia. Esta forma de vivir como Iglesia no es la norma, ni estos esfuerzos sugieren que debería ser así o será así en el futuro.

Aun así, muchas personas piensan que necesitamos más actividad en la iglesia, no menos. Con buena razón, defienden el poder de la oración y piden más. Sin embargo, la noción de que los "verdaderos creyentes" enfrentarán los peligros y duplicarán el esfuerzo necesario para ir a misa contradice la noción misma de la acción litúrgica. La misa no es nuestro sacrificio; es de Cristo. Lo que hacemos es adorar, adorar a Dios el Padre, a través de Cristo, el Hijo, en el Espíritu Santo. La gracia conferida en y por esta adoración es eficaz en virtud de lo divino, no como resultado del esfuerzo humano.

A este respecto, la opción de no ir a misa debido a una enfermedad puede considerarse, con razón, un acto de caridad hacia los demás. Por un lado, las personas que están o pueden estar enfermas no deberían arriesgarse a infectar a otros. Por otro lado, aquellos que no están enfermos pueden no querer correr el riesgo, si es legítimo, de infectarse, especialmente si son responsables de otros (por ejemplo, su familia).

Los expertos en atención médica tienen la tarea de determinar el nivel de riesgo. Cómo respondemos es la elección concienzuda que debemos hacer. Lo que los obispos han hecho al decidir prescindir de la obligación o incluso suspender las celebraciones litúrgicas, lo han hecho por precaución y preocupación por todos. Lo que harán los fieles como resultado también debe ser gobernado por esa misma caridad.

Una posible respuesta propuesta durante este tiempo de crisis es "participar" en misa en línea. En este modo, el sacerdote estaría celebrando la misa que se transmite simultáneamente a cualquiera que pueda verla y escucharla a través de algún tipo de pantalla (televisión, computadoras, etc.). ¿En qué sentido es legítima esta adoración digital?

Como medio de comunicación, lo digital nunca puede reemplazar la adoración en persona en la iglesia. Dada la realidad real de los sacramentos, una dimensión "encarnacional" es esencial para ellos; involucran materia real y táctil. Por esta razón, los sacramentos no pueden "suceder" virtualmente.

Aun así, el medio digital permite a las personas participar en la adoración en la medida de lo posible, dada la realidad de algunas situaciones. Si, por un lado, alguien está enfermo o no puede ir físicamente a la iglesia, esta es una forma de acercarle la iglesia. Si, por otro lado, las circunstancias hacen que la realidad física de una iglesia sea imposible o imprudente (por ejemplo, debido a desastres naturales, terrorismo o una pandemia), este medio hace posible alguna forma de adoración.

Es cierto que hay defectos en esta forma de adorar. Los participantes no estarían en presencia de los demás, disminuyendo así el sentido de comunidad. La adoración no sucedería en un diálogo mutuo. Y adorar "en casa" corre el riesgo de volverse banal, y la comodidad y la conveniencia reemplazan la reverencia que debería ser el sello distintivo de una celebración sagrada.

A este respecto, la adoración digital puede restringir la "participación plena, consciente y activa" que se requiere en la celebración de la misa. Una pantalla se siente bastante pequeña en comparación con una iglesia y, por lo tanto, no es una experiencia muy "completa". Con una pantalla en el medio, es fácil distraerse en lugar de estar conscientemente atento a lo que está sucediendo. Y ver la adoración en una pantalla es claramente más pasivo que activo.

Por otra parte, ninguna de estas cualidades de participación litúrgica está garantizada simplemente por estar en un edificio; Los feligreses también pueden estar desenfocados, distraídos y pasivos incluso estando físicamente presentes "en" la misa.

Celebrar la misa por medio de dispositivos digitales requiere un tipo de participación más deliberado por parte de los fieles. En este modo, asistir no es suficiente; Se requiere atención. En este modo, el cumplimiento de una obligación moral no es el punto; llevar a cabo una intención espiritual está en juego.

A este respecto, la adoración digital puede ofrecer algunos beneficios, al menos potencialmente. Puede ofrecer la oportunidad de experimentar la Misa de una manera "más pequeña", como por ejemplo en la reunión de una familia, sin dejar de reconocer la dignidad universal y la importancia de la Misa. Puede generar un aprecio por otros que, a través de diversas circunstancias, carecen de la oportunidad de participar regularmente en la Misa. Y puede servir como un recordatorio de que la Misa y los sacramentos son un regalo que no debemos dar por sentado.

Por lo menos, participar en la misa de manera digital, cuando esto es necesario por circunstancias que estén fuera del control de uno, es mejor que no adorar en absoluto. A través del medio digital, la Palabra de Dios todavía se proclama, las respuestas de las personas aún se pueden pronunciar, la oración aún se hace y las gracias aún se dan.

No es posible recibir la Sagrada Comunión, a menos que se haga algún otro tipo de provisión (como se hace, por ejemplo, en liturgias a gran escala como las celebradas por el Papa). Pero esto no invalida la Misa. De hecho, la práctica de la "comunión espiritual", lo que Santo Tomás de Aquino describe como "un ardiente deseo de recibir a Jesús en el sacramento más sagrado y abrazarlo con amor", sigue siendo favorable.

¿La adoración virtual se convertirá en la ola del futuro? No, al menos no siempre que valoremos la comunidad junto con la comunión. En el futuro, circunstancias como la disminución del número de sacerdotes y las distancias geográficas entre las personas pueden desafiar nuestra experiencia de adorar juntos en un solo lugar. Pero la conveniencia de la iglesia "quedarse en casa" nunca puede sustituir la experiencia completa de adoración que se le debe a lo divino. Y el aislamiento que puede facilitar va en contra de la realidad de la iglesia como comunidad de discípulos. La iglesia, "la ekklesia", o la gente apartada para Dios, siempre serán los "llamados juntos" en la adoración.

Y ahí radica lo esencial que siempre debemos tener en cuenta, incluso cuando solo podemos adorar en línea. La celebración puede ser virtual, cuando sea necesario, pero el Pueblo de Dios siempre es real.

Padre Thomas Dailey, O.S.F.S. es el presidente del Cardenal John Foley de Homilética y Comunicaciones Sociales en el Seminario St. Charles Borromeo, Wynnewood, y miembro investigador del Instituto de Liderazgo Católico en Wayne.